

Año V	REDACCION Plaza de Pescadores, núm. 16 ADMINISTRACION Plaza de Pescadores, 16	Sábado 6 de Mayo de 1899	Precios de suscripción: En Castellón: 0'75 pesetas al mes. Fuera: 2'25 pesetas trimestre.	Núm. 583
-------	--	--------------------------	---	----------

Advertencia

Los que viajen en ferrocarril por la línea de Valencia á Tarra-
gona deben abstenerse de asomar-
se á las ventanillas de los carrua-
jes al cruzar el Ebro. El poco es-
pacio que queda entre el tren y la
granda del puente ofrece seguro
peligro.

HAGAMOS PATRIA

Continúa sobre el tapete la
cuestión relativa á los aumentos
de en su respectivo presupuesto
proyecta hacer el señor ministro
de la Guerra, y aunque se preten-
disimular la marjeada que tal
propósito ha suscitado en el seno
del gobierno, sería sumamente
ensurable, y sobre todo muy an-
tipatriótico, que se ocultara el
hecho que la noticia de la multi-
plicación de los gastos ha produ-
cido y produce en la mayoría del
país.

«No rabiará el perro,» ha dicho
el señor Dato contestando á los
que afirman los disgustos que en-
tre los ministros existen, y aun
cuando sea muy recomendable la
unanidad entre los consejeros,
que hay que evitar á toda costa
que tan perfecto acuerdo deter-
mine que rabie la nación.

Y fundados motivos van exis-
tiendo para creer que esto ocurra
no lo evitan las Cortes, dada la
inaciedad y la persistencia con
que el general Polavieja defiende
sus planes.

Para que prosperen ha llegado
a afirmar que si la nacionalidad
de conservarse, es preciso que
comencemos por organizarnos mi-
litarmente, y si esto se repite en
serio, habrá necesidad, aún quan-
do esa egoísta coalición se rom-
pa, de convencer al general cris-
tiano de lo crasísimo de su error.

No están á la puerta de Roma
los bárbaros; es la bancarrota, la
bancarrota que hay que evitar
con economías, la única que pue-
de traernos la intervención ex-
tranjera; no son, por otra parte,
tan temibles los preparativos de
esas gentes, contra las que la na-
ción lucharía casi en masa, y so-
bre todo, no es la organización
militar á secas signo de engrande-
cimiento y de riqueza.

¡Bijémosnos en Italia, á la que no

han librado de la miseria sus afa-
nes por disponer de fuerzas que le
permitan ostentar el pomposo tí-
tulo de gran potencia.

Un ejército numeroso y una ar-
mada de primer orden para de-
fender una nación empobrecida,
esquilada por el fisco, sin que la
tributación le permita desenvolver
su producción, su comercio y su
industria, nos anularía lejos de
salvarnos, diga lo que quiera el
general regenerador.

Háganse paulatinamente esos
gastos, pero es imposible que en
estas circunstancias se grave el
presupuesto de Guerra en 82 mi-
llones para aumentar el clero cas-
trense, para elevar la categoría
de las capitánías generales de Ba-
leares y Canarias, para crear ter-
ceros batallones...

Se ha proclamado repetidas ve-
ces que se halla en Fomento la re-
ceta para que la nación se recons-
tituya, y está el gobierno en el
deber ineludible de adoptarla.

Hagamos patria, si; pero ha-
gámosla procurando que haya
más gente en los talleres que en
el cuartel.

Precisamente el valor personal,
del que jamás han estado despro-
vistos los soldados de España, vá
perdiendo importancia en la lucha
armada.

La guerra se hace hoy con las
máquinas, con los elementos de
combate que la ciencia perfeccio-
na ó inventa, y que sólo con cre-
cidas sumas se adquieren; por lo
tanto procuremos la prosperidad
administrando bien y gastando
poco en lo que no ofrezcan utili-
dades, que únicamente á una na-
ción rica le es dado en momento
oportuno lograr el material y los
aprestos necesarios.

Sería absurdo pretender que la
patria siguiera derroteros de ven-
tura llevando por guía un déficit
que, á las humillaciones del venci-
do, uniera las torturas del deudor
á quien se ejecuta para cobrar.

SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

Casi toda la prensa, con más ó me-
nos extensión, ha dado cuenta á sus
lectores de las variaciones que el se-
ñor ministro de la Guerra proyecta
en la vigente ley de reclutamiento y
reemplazo del Ejército, variaciones
con las que se dice ha de quedar es-

tablecido el servicio militar obligato-
rio (cuando sea ley dicho proyecto).
Y subrayamos las palabras *cuando
sea*, porque todos, ó la mayoría de
nuestros colegas, han hecho mérito
de ellas al dar cuenta del proyecto
en cuestión.

¿En dónde está la pastora? Es de-
cir, ¿en dónde está el servicio mili-
tar obligatorio?

Se concede al 10 por 100 de los que
resulten útiles para el servicio activo
de las armas, previa justificación de
hechos, que concurrirán, seguramen-
te, en más de un 60 por 100, el privi-
legio de que, mediante el pago de
una contribución, (que ha de recau-
dar el ministro de la Guerra,) puedan
demorar durante tres años su ingre-
so en filas. Si esto, con la diferencia
de que ha de producir bastante más
que las redenciones á metálico en
épocas normales, no es un privilegio
más odioso en su forma y en su fon-
do que la actual redención á metáli-
co, redención que en la vigente ley
está limitada al servicio ordinario de
guarnición, vayan doctores y den su
opinión.

Pero suponiendo, y suponer es, que
el proyecto del señor Polavieja lle-
gara á ser ley, siendo así que más
de un 60 por 100 de los útiles han de
estar en condiciones perfectamente
legales para disfrutar del privilegio
que se concede sólo á un 10 por 100.
¿En qué forma, bajo qué reglas va á
ser aplicado ese privilegio?

Panto tan esencial y de tanta im-
portancia debiera ser clara y termi-
nantemente consignado en la ley
(cuando lo sea), y no dejarse al cri-
terio de las Comisiones mixtas ó á lo
que se disponga en una resolución
ministerial.

Insistimos en ello. De 90.000 mozos
útiles que aproximadamente resultan
para cada reemplazo, hay lo menos
60.000 que justificarán legalmente
que, por razón de estudios empre-
ndidos, por motivos de asuntos comer-
ciales ó industriales ó por abandono
de tareas agrícolas, les ocasiona
grandes perjuicios su inmediato in-
greso en las filas, y solicitarán y
acreditarán su derecho al privilegio
que en el proyecto se consigna de re-
trasar por un año, y otro y otro, has-
ta tres, el ingreso en la filas, pagan-
do la contribución que, cuando haya
de basarse en un cédula personal de
100 pesetas, resultará ser de 1.500
pesetas cada año, y cuando haya de
servir de tipo una cédula de cinco
pesetas, será de 75 pesetas anuales.

Siendo esto así, como lo sería si el
proyecto llegara á ser ley, ¿quiénes

ván á ser los preferidos y quiénes los
preteridos?

¿Se adoptaría el sistema de dar la
preferencia á los que primero pre-
sentaran sus expedientes? Mafísimo
sería, además de poco equitativo,
pues ya sabemos que en España no
basta llegar el primero, sino que le
den el número uno.

¿Se optaría por dar la preferencia
á los que pagaran mayor contribu-
ción? Esto sería altamente inmoral.

No faltaría medio legal y equitati-
vo, siempre dentro de lo odioso del
impuesto; pero ese medio debería de
expresarse en la ley (cuando lo sea),
con perfecta claridad.

No concluiremos hoy, por más que
no haya de ser ésta la única vez que
del asunto nos ocupemos, sin hacer
mención de la *cuota* militar que ha
de crearse cuando el tal famoso pro-
yecto sea ley.

Durante tres años quedarán obli-
gados al pago de una cuota, *que
también habrá de recaudarse por el
ministerio de la Guerra*, equivalente
al quíntuplo del importe de la cédula
personal, todos aquellos mozos que,
comprendidos en el alistamiento,
sean excluidos de él ó bien excep-
tuados del servicio activo por intili-
dad física total ó por cualquiera
otra causa, *excedentes de cupo in-
clusivo*. Esto es de lo más nuevo y
original que darse puede, y sobre
todo *muy cristiano y muy moral*. Eso
de que el que tenga la desgracia de
ser ciego, cojo, manco, etc., haya de
pagar una contribución equivalente
al quíntuplo de su cédula personal
durante tres años, no se nos había
ocurrido que pudiera ser; pero será
cuando sea ley el proyecto del señor
Polavieja, para implantación en Es-
paña del servicio militar obligatorio.

El general López Domínguez

Por fin se ha confirmado la noticia
de su separación del señor Sagasta.

El jefe del partido liberal recibió
anoche á primera hora una carta del
general López Domínguez, en la
cual, sin expresar, según nuestras
noticias, los motivos de su resolu-
ción, participa al jefe del partido li-
beral que recaba su libertad de ac-
ción política, pero no retirándose á la
vida privada, porque podría estimar-
se esto como una cobardía en los mo-
mentos actuales, que tan difíciles
son para la patria.

Remitido (1)

Señor Director del DIARIO.

Mi estimado amigo: *El Regional* me da el gusto de la colaboración de este literato que tiene de correspondiente intermitente aquí. Agradezco a usted me haga el favor de avisar a decir a Ferrando por si quiere comunicárselo a su apropiado colaborador, que haga lo que pueda, pues supongo que algo he de poder, para que no suban el vino y las herencias, y que no sea... tan *chelat*. Suyo affmo.,

Mahoma.

Copiamos de *El Regional*:

El regreso de Anibal Poveda a la provincia de Alicante ha puesto en conmoción aquel país. El sol, la luna, las estrellas; la lluvia y el rocío; las nubes y los vientos; el fuego y el frío y el invierno; la esmeralda, las heladas y las nieves; las flores y los días; la luz y las tinieblas; el trueno y relámpago; los mares y los ríos y montes y collados; los millos y Manueles, Mupulis, Bolu, Porcelos y Albentosas, han leido un fonsón himno entusiasta de bendición y gloria al Cicerón ilustrado, al nuevo Papiniano, al vencedor de Lucena y Alcudia *te veo*. Se vela atarantado por tanto esplendor ha suplicado al gran Duque preces por *retelógrafo* si aceptaría el ahijado la sustitución de Durán y su caso necesario; el cardenal de la polla le ha enviado la bendición y el gremio de caldereros de Alicante le ha enviado un diploma de presidente honorario, preciosa obra de arte hecha con virtudes de la vieja... y toque usted más fuerte el bombo, que me callo lo de... De Lucena llega a estas horas un rumor tempestuoso en cuyo centro se percibe este grito: ¡venid *Regionales*, que se acaba el mundo! ¡En qué pararán estas misas! ¡Dorotea nos valga!—M.

VARIEDADES

ARREPENTIMIENTO

El negro velo de las profesas ha sido sustituido al hábito de nitida y pura de las novicias. La espléndida cabellera rubia ha sido cortada por las exigencias del rito, como las áureas mieses segadas por la hoz a los pies del labrador. La hermosa frente, rodeada de los pliegues de la toca, se inclina fruncida por perceptible arrugas de tristeza. Los grandes ojos azules de dulce luz, velaban su brillo y naturalidad para amoldarse a estar bajos

Por causas que poria prulije ennumerar, se ha retrasado la publicación de este escrito: Rogamos a nuestros lectores y a su ilustrado autor y amigo, dispensen la

y fijos con arreglo a las costumbres conventuales.

Las formas del cuerpo ocultábanse bajo los amplios pliegues del tosco sayal; pero si por los detalles se adivina el conjunto, aquellas debían de ser delicadísimas y esculturales, á juzgar por lo que podía apreciarse viendo las manos de nieve torneadas y los pies descalzos que, puestos sobre pequeñas sandalias sujetas con ligeras cintas, asomaban por debajo del ceniciento y áspero sayal.

La monja abandonó el ancho y abovedado claustro por donde paseaba y recluyóse en su celda.

Era ésta una habitación de tres metros en cuadro. Las paredes y el techo estaban blanqueados con cal, y el pavimento enlosado con grandes baldosas de barro rojizo á medio cocer.

En uno de los ángulos, sobre dos banquillos de hierro, tres tablas, pintadas de verde, sostenían un ligero jergón de fibras vegetales. Era el lecho de la profesa.

En el lienzo de pared, en frente de la pequeña puerta de entrada á la celda, abriase, cerca del techo, una ventana como de medio metro en cuadro, asegurada por fuertes barrotes de hierro en forma de cruz y cubierta de una espesa celosía de madera, por cuyos pequeños agujeros entraba, partida en multitud de brillantes rayos, la dorada luz del sol poniente.

Al pie de la ventana está el reclinatorio donde la monja debe pasar sus largas horas de oración sin hacer caso de los rumores lejanos producidos por el movimiento y la vida de la ciudad que se extiende alrededor del monasterio.

Una pequeña mesa de pino cubierta con un lienzo blanco, sobre la que había dos ó tres libros devotos, y una silla de paja al lado de la mesa completaban el mobiliario de la celda.

La monja, al entrar, cerró la puerta.

Sentóse en la silla, apoyó en la mesa un codo y sobre la mano la cabeza, dejando expuesta á la claridad que entraba por la celosía una cara que un pintor-poeta no hubiera soñado más dulce ni más bella para trasladarla al lienzo, como retrato de imaculada virgen.

Aquella cara, desprovista de las negras tocas y circuida por los dorados bucles de su cabellera, ostentando la alegría en la frente, la viveza en los ojos y la sonrisa en los labios, hubiera sido el prototipo de la juventud y la hermosura femenil en todo su apogeo.

En la actitud en que estaba, con la mejilla pálida apoyada en una mano, los ojos velados por humedad próxima á condensarse en llanto y la frente oscurecida por nube de tristeza, parecía una flor que, agostada por el sol, se dobla sobre su tallo exhausto de savia vivificante.

A medida que el sol declinaba en su ocaso, los rayos de su luz, que penetraban en la celda, elevábanse por la pared hacia el techo, abriéndole las impalpables moléculas suspendidas en el aire.

La monja seguía con mirada triste esa lenta ascensión de la luz que hufa. Ahogados sollozos, inútilmente contenidos, brotaban de su pecho, y de sus ojos abundantes lágrimas que, surcando las mejillas, brillaban al caer desde éstas al negro pectoral del hábito, cuya basta urdimbre las absorbía como la tierra seca las gotas del rocío.

Presa de indecible angustia, la monja levantóse de la silla y fué á caer de hinojos ante el reclinatorio.

Oró largo rato.

La luz del sol se había extinguido.

Las sombras de la noche empezaban á invadir la celda.

La religiosa seguía su oración mirando al Cristo que, suspendido por los brazos extendidos, destacaba sobre el fondo negro de la cruz su blanco cuerpo de marfil.

Los pausados y agudos sonos metálicos de la campana del convento, vibraron en el espacio tocando el *Angelus* vespertino.

La monja salió al claustro, y, en unión de otras que también salían de sus celdas, se encaminó al templo.

La comunidad, presidida por la priora, cumplió sus deberes piadosos.

Terminados éstos, la religiosa volvía á su celda, y al atravesar un claustro, apenas alumbrado por la débil y oscilante luz de una lámpara de aceite que pendía de la alta bóveda, acercósele la tornera del convento, y poniéndola en las manos una carta, se alejó á buen paso.

Quedóse la monja absorta, dudando entre guardar el papel ó dar parte á la abadesa del atrevimiento y desenvoltura de la hermana tornera. Pero venció en ella ese sentimiento de curiosidad congénito en las mujeres, y entróse en su celda.

Cerró la puerta y encendió una vela de cera.

Sentóse cerca de la mesa, y con las manos temblorosas rompió el sobre de la carta.

Buscó la firma, y un grito, que no pudo ahogar, escapóse de su pecho.

Con ansia devoradora recorrió con los ojos las líneas trazadas en el papel.

Quedóse anonadada con la lectura.

Conoció todo lo funesto de la ligereza cometida al pronunciar sus votos renunciando al mundo.

Su amante le había dicho:

—Si para tal época no he vuelto á buscarte, es porque habré dejado de existir.

Y ella le había contestado:

—Entonces seré monja; ó tuya ó de Dios.

Transcurrió con exceso el tiempo fijado; lloróle muerto y profesó, buscando en el cumplimiento de su promesa el consuelo necesario á su dolor.

Y ahora, cuando no había remedio, ¡él regresaba! ¡Estaba allí, amándola siempre, y separado de ella sólo por

unos votos tan fatales como impensadamente pronunciados!

¿Por qué no había esperado más?

La desesperación se apoderó de la monja.

Su juventud, su sangre, sus nervios, su naturaleza toda, cuanto era su ser había de vibración y de vida, rebelóse contra los funestos votos.

En su corazón brotó poderoso y franco el arrepentimiento de haber profesado.

El amor humano vencía al divino amor.

El primero rebosaba en su corazón; el segundo apenas si lo concebía ya en su mente.

Pero hubo de rendirse á la evidencia. No había remedio.

Desde aquel punto, la clausura fué para la infeliz un martirio cruel.

Ni la oración, ni los ayunos, ni los silicios bastaron para vencer las rebeldeas de la carne.

Empezó á languidecer y á adelgazarse.

Sus nervios adquirieron una desusada irritabilidad. Una tos débil y seca agitaba su pecho. Sus ojos se agrandaron y brillaban de un modo extraordinario. Durante los días calurosos del estío, ni uno solo dejó de sentir, con persistente intermitencia, una fiebre que abrasaba y consumía lentamente su cuerpo.

A la entrada del otoño, su postración fué tal, que no pudo dejar el miserable lecho.

Allí acudió el capellán, y la monja confesó. Desde que supo que su amante vivía no pudo desear de su alma el arrepentimiento de haber profesado; la consumía la nostalgia del amor humano,

El clérigo, juzgando eso como rebeldía del alma empecatada, la exhortó á que, por un esfuerzo de voluntad, se arrepintiese de... *haberse arrepentido*.

Ella lo intentó, pero no pudo. Hay sentimientos contra los que son impotentes las más grandes energías de la voluntad. La naturaleza ejerce un dominio avasallador y no cede ante nada.

En esta lucha exhaló la infeliz el último hálito de su vida.

Si no por el arrepentimiento que el capellán exigía, su alma fué purificada por el dolor.

Fué la monja enterrada en el cementerio del convento.

Las ramas de un sauce destilan todas las mañanas, sobre la tierra que cubre la fosa, el rocío de la noche, que cae en ella, en transparentes gotas, como lágrimas del cielo.

José Cintora.

Imp. de A. Monreal.

tan gran distancia que no se acierta á comprender como la ha salvado el presidente del Consejo.

ciento veintitantos mil hombres que suman los mozos útiles del actual

Imp. de A. Monreal.